Wagner-Jauregg: Curar la locura con fiebre (Malarioterapia) (1927)

11 de abril de 2026



Imaginen la Viena de finales del siglo XIX. Una ciudad de valses, de Freud y de un terror silencioso que acechaba en las sombras de los dormitorios: la sífilis. En aquella época, esta enfermedad no era solo una infección; era una sentencia de muerte lenta y humillante. Tras años de silencio, la bacteria atacaba el cerebro, provocando lo que los médicos llamaban 'parálisis general progresiva'. Los pacientes perdían la memoria, sufrían delirios de grandeza y terminaban convertidos en cáscaras humanas, paralizados y dementes. No había cura. Los manicomios estaban llenos de estos 'muertos vivientes' que esperaban el final en habitaciones oscuras.

En medio de este escenario aparece nuestro protagonista, Julius Wagner-Jauregg. No era el típico psiquiatra que se limitaba a escuchar y tomar notas. Era un hombre de acción, con una observación que parecía desafiar toda lógica médica: había notado que algunos pacientes con trastornos mentales mejoraban milagrosamente después de sobrevivir a una infección que les causaba fiebres muy altas, como la erisipela o la gripe.

Para entender su lógica, imaginen que el cerebro es una computadora sofisticada que ha sido infectada por un virus informático devastador que la ha bloqueado por completo. Wagner-Jauregg sospechaba que la fiebre no era un síntoma enemigo, sino una especie de 'reinicio forzado' del sistema, un incendio controlado que quemaba los errores pero dejaba intacto el hardware. Durante treinta años, este médico obsesivo persiguió una idea radical que escandalizaba a sus colegas: ¿Y si para curar una enfermedad mortal, debíamos provocar otra?

- La sífilis afectaba al 10% de los pacientes en hospitales psiquiátricos de la época.
- La parálisis general era invariablemente fatal en un plazo de tres a cinco años.
- Wagner-Jauregg probó con tuberculina y vacunas, pero los resultados no eran lo suficientemente potentes.

Finalmente, en 1917, Wagner-Jauregg tomó una decisión que hoy nos parecería propia de un científico loco de película. Aprovechó que un soldado herido llegó a su clínica sufriendo de malaria y tomó una decisión histórica: extrajo la sangre infectada del soldado y la inyectó en las venas de sus pacientes dementes. Estaba a punto de combatir un asesino con otro asesino. ¿Cómo es posible que introducir un parásito que causa escalofríos y fiebre extrema pudiera devolverle la cordura a un hombre?

El Gran Salto: El Experimento de 1917

Aquel día de junio de 1917, Wagner-Jauregg no solo estaba inyectando sangre; estaba desafiando siglos de dogma médico que decían que el médico solo debe aliviar el sufrimiento, nunca provocarlo. Inyectó la sangre malárica a nueve pacientes que sufrían de parálisis general. El resultado fue asombroso. Los pacientes desarrollaron las fiebres cíclicas y violentas típicas de la malaria, alcanzando temperaturas de más de 40 grados Celsius. Pero, a medida que la fiebre remitía, algo increíble sucedía: la niebla mental de la sífilis comenzaba a disiparse.

Seis de esos nueve pacientes mostraron una mejoría significativa, y tres de ellos pudieron regresar a sus vidas normales, recuperando sus empleos y sus familias. Era la primera vez en la historia que se lograba revertir la demencia causada por la neurosífilis. Pero, ¿por qué funcionaba este método tan brutal? La respuesta reside en la biología de la bacteria responsable de la sífilis, la *Treponema pallidum*.

La Analogía del Termostato: Cocinando al Intruso

Para entender el mecanismo, piensen en la bacteria de la sífilis como una planta tropical extremadamente delicada. Esta bacteria es una experta en esconderse del sistema inmunológico, pero tiene un punto débil fatal: es muy sensible al calor. Mientras que el cuerpo humano puede tolerar temperaturas de 40 o 41 grados durante periodos cortos (aunque sea muy desagradable), la *Treponema pallidum* empieza a morir a esas temperaturas. Es como si el cuerpo se convirtiera en un horno diseñado específicamente para derretir a la bacteria sin llegar a cocinar el cerebro.

La malaria era el vehículo perfecto para este tratamiento por tres razones fundamentales:

- Provoca fiebres muy altas, recurrentes y predecibles.
- Era fácil de diagnosticar observando la sangre al microscopio.
- Y lo más importante: ya teníamos una cura para la malaria. Una vez que la fiebre había 'limpiado' el cerebro de la sífilis, los médicos administraban quinina para matar al parásito de la malaria y el paciente quedaba libre de ambas enfermedades.

Un Cambio de Paradigma en la Psiquiatría

Antes de Wagner-Jauregg, la psiquiatría era casi una disciplina contemplativa. Los médicos clasificaban a los locos, los escuchaban o los encerraban, pero rara vez los 'curaban' con intervenciones biológicas directas. La malarioterapia cambió esto para siempre. Fue el nacimiento de la terapia somática en psiquiatría: la idea de que la mente se puede tratar tratando el cuerpo.

Este descubrimiento le valió a Wagner-Jauregg el Premio Nobel de Fisiología o Medicina en 1927, convirtiéndose en el primer psiquiatra en recibir este galardón. Su trabajo demostró que la barrera entre la neurología y la psiquiatría era mucho más delgada de lo que se pensaba. Sin embargo, no todo fue gloria. El tratamiento era extremadamente peligroso. Aproximadamente el 15% de los pacientes morían a causa de la malaria misma. Era una apuesta de vida o muerte, un 'todo o nada' terapéutico que solo se justificaba porque la alternativa era una muerte segura y terrible por demencia sifilítica.

Casos Reales y el Impacto Social

Los testimonios de la época son conmovedores. Esposas que recuperaban a maridos que no las reconocían, profesionales que volvían a sus puestos tras haber sido dados por perdidos. En una época sin antibióticos, la malarioterapia se extendió por todo el mundo. Incluso en hospitales de Nueva York y Londres, se mantenían 'cepas' de malaria en pacientes específicos solo para tener sangre disponible para tratar a los nuevos casos de sífilis cerebral.

La Reflexión Final: Del Fuego al Penicilina

La malarioterapia reinó durante dos décadas hasta que, en la década de 1940, apareció la penicilina. El descubrimiento de Alexander Fleming hizo que inyectar malaria fuera innecesario, ya que un simple antibiótico podía matar a la bacteria sin necesidad de incendiar el cuerpo con fiebre. Hoy, la técnica de Wagner-Jauregg nos parece bárbara, casi medieval, pero en su contexto fue un acto de valentía científica desesperada.

Wagner-Jauregg nos enseñó que a veces el cuerpo tiene sus propios mecanismos de defensa, como la fiebre, que no debemos ver siempre como enemigos, sino como aliados poderosos si sabemos cómo manejarlos. Su historia es un recordatorio de que la medicina avanza a menudo por caminos extraños, donde el triunfo surge de la voluntad de mirar el horror de la enfermedad de frente y buscar soluciones donde nadie más se atreve a mirar. Nos dejó una lección fundamental: la locura no siempre es un misterio del alma; a veces, es solo una batalla biológica que necesita un poco de calor para ganarse.